

dencia y es el primero que los introduce en las legiones imperiales. Desde entonces los bárbaros comienzan á despreciar á Roma. El Emperador Comodo enganchó veinte mil bárbaros para formar una legión fulminante y de confianza, lo que significa conciencia de la inferioridad del soldado romano pretoriano. Alejandro Severo desconfió que sus legiones pudiesen batir á los bárbaros y prefirió al frente de su ejército comprar la paz cara y en dinero efectivo. Papiano y Balbino contrataron una guardia bárbara para sus personas. Galo desconfiando de sus tropas por ser pretorianas, opta mejor por pagar tributos anuales á los godos porque hagan la paz. Diocleciano no fía, para dar batallas, más que en las armas bárbaras y desconfía de los romanos como leales y como soldados. Constantino ganó á Licinio la batalla decisiva del Monte Milvio con los bárbaros que formaban la mayoría de sus legiones. Después tomó á su servicio para tenerlos como guardias de su persona á cuarenta mil bárbaros. Las legiones que desde Diocleciano daban guarnición en la Bretaña estaban compuestas de bárbaros. Sin los Godos, los Hunos crueles, asquerosos, deformes, innumerables, hubieran arrojado los restos de población imperial de todo su suelo y hubieran acabado completamente con la civilización. Y ha quedado muy presente á los estadistas la frase de

Constancio : « Es más sensato esperar cobardía que valor en los pretorianos ».

En la continuación de este estudio histórico se verá por lo que hizo nuestro ejército, que era enteramente pretoriano; tuvieron razón de desconfiar de tal clase de ejércitos, en cuanto á pericia y valor, Galo, Papiano, Balbino, Marco Aurelio, Constantino, Constancio y Diocleciano.

CAPÍTULO IX.

LOS COLONOS MARAVILLOSOS DE ALAMÁN.

Un español llega á una ciudad de tercer orden de los Estados Unidos, se aloja en un hotel, hace una lista de manjares españoles y pide que se le sirvan. El hostelero le contesta que no es conocida la cocina española y que se morirá de hambre si no acepta la comida norteamericana. El español resuelve salvar su vida, come mal manjares que le desagradan y siente un principio respetable de antipatía por los Estados Unidos y sus habitantes.

Un norteamericano llega á Constantinopla y á poco andar un policía le quita el revólver que lleva en la cintura y le previene que está prohibido portar armas. Pide el *Herald de Turquía* y le dicen que no existe, que no hay más opinión que la del Sultán, que el Korán prohíbe que se hable del gobierno y que el sultán no hace públicas sus opiniones. A poco sabe que les han cortado la cabeza á tres sirvientes del palacio por no haber saludado al gran visir, sabe además que no hay

habeas corpus y que los meetings y las plataformas son imposibles. El americano decide huir de Turquía llevándose una profunda antipatía contra el sultán, los genizaros y el Korán, tan diferente de la Constitución norteamericana.

Un alemán protestante visita la España de Carlos II el Hechizado; inmediatamente un alguacil le pide entregue, si no quiere ser quemado, su cédula de confesión, su patente de comunión, su fe de bautismo, su factura de indulgencias, su certificado de ortodoxia y le pregunta á cuántos sarracenos ha degollado y á cuántos protestantes ha quemado. El protestante se aterra con la recepción que le hacen los españoles, ofrece entregar todos los documentos sagrados que se le exigen y se fuga como un facineroso hasta descansar en tierra francesa, odiando profundamente á España y los españoles.

Un mexicano abre su botica en la calle de la Palma, otro boticario abre la suya enfrente; los dos farmacéuticos se lanzan miradas de odio y conciben proyectos de mutuo envenenamiento; sus dos familias estudian la lucha de los güelfos y gibelinos en Italia. Una noche las dos boticas, devoradas por el incendio, retienen entre sus flamas á las dos familias rivales.

De estos hechos, Alamán infiere que los hombres cuando tienen distintas costumbres, distintas insti-

tuciones políticas, distintos intereses, se detestan hasta exterminarse entre sí ó por lo menos hasta pretenderlo.

De tan profundas observaciones, desprende el ministro dictador de la administración terrorista del general Bustamante, su futura política colonial en Texas. Su razonamiento aparece claro como la luz del día : El general Tornel en su *Reseña Histórica*, lo califica de emanación de una sagacidad refulgente, de rasgo genial imperecedero, de política salvadora. La base de la política texana se desprende del siguiente silogismo :

Si los hombres de diferentes costumbres, instituciones, religión é intereses se odian entre sí; para contrabalancear la influencia de los norteamericanos en Texas no hay más que impedir su crecimiento prohibiéndoles la entrada, y ponerles en parte un número igual ó mayor de hombres, con distintas costumbres, instituciones, religión é intereses. No solamente los conservadores de 1830, sino los liberales y los no políticos que lo eran casi toda la nación, advirtieron la sagacidad política de Alamán. El general Tornel, declara en su *Reseña* que si se hubiera seguido al pie de la letra la política de Alamán, Texas hubiera permanecido territorio mexicano. Aun en 1902 abundan en México patriotas liberales y conservadores que piensan lo mismo que el general Tornel.

Voy á probar que el razonamiento de Alamán es tan falso como la afirmación de que el globo terrestre no se mueve.

Alamán y su partido no habían notado que hombres de distintas nacionalidades entran á un restaurant con el objeto de almorzar juntos, piden cada uno los manjares y vinos de su nación y en vez de odio se manifiesta entre ellos una tierna fraternización. Tampoco habían notado que un demócrata práctico y de raza, siente gran malestar en una nación regida por el despotismo, á menos que en ella los extranjeros tengan el privilegio de regirse por instituciones libres, mientras que un chino, un ruso, un turco, experimentan bienestar en una nación libre. Por último, tampoco habían notado que en los Estados Unidos, hombres de todas religiones y sin religión viven en la mejor armonía sin pensar en hostilizarse.

Todos estos hechos prueban que los hombres de diferentes costumbres, instituciones y religiones se odian á muerte cuando cada uno quiere imponer á los demás por medio de injurias, violencias, amenazas, pena de muerte, sus propias costumbres, instituciones y religiones. Pero cuando cada uno respeta el derecho ajeno, los hombres pueden vivir juntos estimándose, protegiéndose mutuamente, progresando sin cesar. Bajo el régimen de intolerancia los hombres de diferente

raza, instituciones, religiones y costumbres, se detestan; bajo el régimen de libertad se aman.

Este fenómeno es más preciso, más característico, más inevitable cuando se trata de colectividades. Jamás una nación ha hecho la guerra á otra con motivo de la diferencia de idiomas, jamás las naciones se han hecho la guerra por la diversidad de sus costumbres; pero sí se la han hecho por la diferencia de instituciones cuando las monarquías, temiendo que las repúblicas fuesen una escuela de libertad para sus súbditos, emprendieron destruirlas. El odio de las naciones entre sí, á causa de diferente religión, sólo ha existido cuando cada una se creía con la misión divina de destruir á las que no eran de su comunión; mas desde el momento en que las naciones ya no pretenden imponer á otras, religión ó instituciones, la armonía reina entre pueblos republicanos y monarquistas, católicos y protestantes, musulmanes y ortodoxos griegos.

No sucede lo mismo en materia de intereses, sin embargo, el conflicto á causa de ellos, es menor bajo el régimen de libertad que bajo el de monopolio. Los individuos en general colocan sus intereses sobre su religión, instituciones, costumbres, familia, pasiones, patriotismo y sobre multitud de deberes. Entre naciones, los intereses deciden despóticamente de sus relaciones por enér-

gicas que sean sus diferencias en otros sentidos.

Alamán conocía bien la historia de España anterior á su unidad, y durante la guerra civil impropriamente llamada de reconquista, pues fué una guerra de castas. No obstante la intolerancia, la diversidad de idiomas, de religión, de instituciones y de costumbres, no obstante que la religión prescribía á gobierno y á iberos, como primer deber hacer la guerra á los moros, vemos con deshonrosa frecuencia para la causa sagrada, aliarse árabes y españoles contra berberiscos y españoles; á berberiscos, árabes y españoles, contra españoles; á españoles, pelear largos años contra españoles, después de pedir y obtener tregua á los moros; vemos á moros pelear entre sí acordando para ello tregua los españoles que la aprovechan para destrozarse mutuamente.

Hemos visto, en los momentos de mayor intolerancia religiosa, al emperador Carlos V, paladín del catolicismo, aliarse con el rey de Inglaterra, paladín del protestantismo, contra una potencia católica. Hemos visto al rey cristianísimo de Francia, Francisco I, aliarse con el sultán de Turquía contra un emperador católico y apostólico. Hemos visto á un cardenal, Richelieu, príncipe de la iglesia, aliarse sólidamente con los protestantes para combatir á una potencia eminentemente católica; y por último, hemos visto á

los papas, conspirar contra el poder de emperadores y reyes que pretendían reconstituir el imperio de Carlo Magno, sacrificando los intereses del catolicismo para no volver á caer en el vassallaje del que fueron librados por la espada de los reyes francos.

Alamán debía haber sabido todo lo que acabo de exponer sobre la omnipotencia de los intereses como voluntad absoluta de las naciones, y los que vivimos en 1902, tenemos al frente Francia y Rusia, dos naciones completamente diferentes en religión, instituciones, idiomas, costumbres, tradiciones, aspiraciones, estructura económica y social, carácter y clima; ligarse políticamente y manifestarse una simpatía delirante, en virtud del interés supremo de la propia conservación.

Aceptado como axioma : bajo el régimen de intolerancia los hombres de distintas razas, costumbres, religiones é instituciones se detestan y bajo el régimen de libertad se aman, ¿creía Alamán que en Texas, al llegar hombres de todas las naciones, los colonos norteamericanos iban á imponerles bajo pena de muerte sus hábitos de libertad, su idioma, sus costumbres y sus religiones? No, evidentemente, y lo que necesariamente tenía que resultar era la unión de los colonos bajo el régimen de libertad contra el gobierno mexicano que les imponía el militarismo, las cos-

tumbres bárbaras de nuestros indígenas por medio de un arancel prohibitivo de los artículos necesarios al hombre civilizado, que les imponía la religión católica, y que después de imponerles en los contratos de colonización la ciudadanía mexicana, les negaba ejerciesen sus derechos políticos y aun los del orden civil.

Alamán y su partido confiaban la solución urgente de la integridad de nuestro territorio á la colonización de Texas por familias mexicanas. Este desatino ha figurado en el apocalipsis patriótico de casi todos nuestros gobiernos y emana de uno de esos razonamientos claros como la luz del día que tantas tinieblas arrojan sobre la verdad. Se dice : nuestras tierras admirables por su fertilidad valen un caudal; tenemos millares de familias de empleados civiles y militares jubilados, destituidos, cesantes, famélicos como los ganados en épocas de inquebrantable sequía, hagámoslos ricos y felices cubriéndolos con las riquezas que representan nuestras tierras y ellos á su vez levantarán nuestra agricultura al rango que le corresponde, del pozo en que la mantuvieron los españoles.

En primer lugar, no es lo mismo territorio fértil que tierra rica desde el punto de vista económico; hay tierras de una fertilidad asombrosa que no pueden dar productos útiles, comerciales,

que son los que enriquecen y hay tierras poco ó nada fértiles que producen riquezas inmensas, como las de nuestro Estado de Yucatán dedicadas al cultivo del henequén. En segundo lugar, la tierra eriaza, salvaje, llena de breñales y bosques es una materia prima de muy poco valor cuando se halla á centenares de leguas de los centros comerciales y si á esto se agrega que esté poblada de fieras y millares de guerreros bárbaros bien armados; resulta que su valor, conforme á las leyes de la economía política, no las del patriotismo, es casi nulo y en algunos casos completamente nulo.

Las tierras fuertes pueden representar oro ó miseria. Las tierras valen también en relación con el cultivo á que se las dedica; ¿exige esto el empleo de un gran capital de instalación y otro de explotación como las admirables tierras propias para la cultura de la caña de azúcar? Entonces la tierra figura como valor insignificante. ¿No se necesita más que los brazos humanos y seis meses de alimentación del cultivador, para que éste levante una rica cosecha como en las tierras de la Argentina, dedicadas al cultivo del trigo? Entonces la tierra representa una gran riqueza aun cuando su fertilidad sea muy inferior á las tierras tropicales del Brasil que exceptuando las cafeteras casi nada valen.

¿A qué categoría pertenecían nuestras tierras de Texas en 1830? A las de un valor pequeño, pues para ser cultivadas se necesitaba desmontarlas, desecar la mayor parte de ellas y lo que es peor, disputarlas con las armas en la mano á los indios bárbaros que eran numerosos, guerreros y muy bien armadas algunas tribus. Se necesitaba además cultivar dichas tierras por hombres fuertes para competir con las de los Estados Unidos trabajadas por negros.

La empresa de poblar un desierto donde alternativamente cae fuego solar y nieve y disputárselo á balazos, á las fieras y salvajes, no podía ser la tarea ideal de las familias de nuestros empleados civiles y militares que todo lo esperaban de la empleomanía y nada de la colonización de los desiertos. Comprendo que algunos de nuestros estadistas jacobinos crean que nuestras familias de empleados civiles y militares sean preciosas para la colonización de los desiertos inclementes de muy difícil conquista, pero Alamán que ha sido nuestro artista predilecto para pintar á los criollos no podía creer en los errores florales de los jacobinos.

Alamán en su *Historia de México*, tomo I, página 56, después de pintarnos á los criollos como

desidiosos, indolentes, incapaces de trabajos activos, preocupados con su papel de caballeros, suplicantes de empleos donde pasar la vida flojeando en una oficina y mirando con desprecio á los europeos á quienes calificaban de ruines y codiciosos, porque eran económicos y trabajadores y los tenían por inferiores á ellos porque se empleaban en tráficos y profesiones que consideraban como indignos de la clase á que pertenecían, termina diciendo textualmente : « De aquí resultaba que la raza española en América necesitaba para permanecer en prosperidad y opulencia, una refacción continua de españoles europeos que viniera á formar nuevas familias, á medida que las formadas por sus predecesores caían en el olvido y la indigencia. Alamán es preciso como un astro en sus movimientos al hacer semejante afirmación. En México los españoles son fabricantes de familias ricas mexicanas, sin ellos no habría más que dependientes, empleados y pordioseros. ¿Y eran estas familias caídas en el olvido é indigencia cuyos jefes sólo apetecían empleos públicos para flojejar en las oficinas y que veían con desprecio á los hombres de trabajo y empuje, las que debían conquistar por medio del trabajo, de audacia, de tremenda energía, los desiertos texanos colocados á quinientas leguas de las calles de Plateros de la ciudad de México? Alamán historiador tiene

una conciencia distinta de Alamán estadista.

Jamás se ha visto que en parte alguna del mundo, la clase media sirva para colonizar desiertos con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente; mas en México, donde cada jefe de familia de la clase media es casi de regio linaje, descende de un exterminador de moros y le prohíbe su orgullo manejar arados y tomar baños de sol, es más que extravagante pensar que un escueto descendiente del rey Don Sancho candidato siempre á poeta y arquitecto de castillos en el aire; va á competir con un negro labrando la tierra en el inmenso é inhospitalario territorio texano.

La clase media sólo puede colonizar en otras partes del mundo cuando es capitalista en grande ó en pequeño, pero la clase media mexicana sólo puede colonizar bien las oficinas públicas sostenidas por un brillante presupuesto. En cuanto á la clase capitalista mexicana, lo más que puede aceptar es colonizar los *boulevards* de París; creería que se le proponía la muerte y la deshonra si se le indicase como conveniente que fuera á colonizar los desiertos de Sonora, Chihuahua ó la Baja California, y por último á las familias mexicanas de pequeño capital y que por excepción no lo despilfarran en unas *posadas* ó en una *Semana Santa* no se les ocurre más que poner sederías y estanquillos.

Pero supongamos que por un milagro de patriotismo, aun cuando el patriotismo es muy parco para hacer milagros, los ex-archiveros del gobierno, los ex-jueces, los ex-administradores de rentas, los ex-coroneles y ex-generales, se hubieran decidido en obsequio de la ley de 6 de Abril de 1830, salvadora de la integridad nacional según su autor, á tomar la carabina yankee contra los comanches, el cuchillo moscovita contra los osos pardos, el látigo para castigar á los negros, los guantes para manejar la máquina de despepitar el algodón, el hacha para derribar bosques; y marchar á Texas sin vacilación y con el mayor denuedo; sus familias les hubieran hecho en el camino esta observación. « El gobierno nos ofrece cincuenta centavos diarios por colono durante un año, construirnos una casa en el desierto, ayudarnos en la lucha contra los bárbaros, darnos una yunta de bueyes, instrumentos de labranza y todo lo necesario para instalarnos y vivir. ¿Ha cumplido alguna vez el gobierno con lo que ofrece tratándose de soltar dinero? No, nunca. Luego si á Texas vamos pereceremos en los pantanos ó sobre la nieve, de hambre, de frío, de fiebre, de desesperación y de patriotismo. » Alamán ignoraba completamente que *no se mueve la hoja del árbol* para los gobiernos desacreditados.

El programa del gobierno de 1830 era completo

para la colonización de Texas por familias mexicanas. Además de invitar á morir en los desiertos á numerosos y desvalidos acreedores del Erario, debían concurrir también las clases populares, artesanos y sirvientes mestizos y sobre todo la clase indígena. No entiendo cómo en una persona como Alamán indudablemente de gran talento y que en su *Historia de México* presenta método, gran espíritu de observación, conocimientos profundos de su país, creyera posible la colonización de Texas por nuestros artesanos y sirvientes mestizos, después de conocerlos y cuando de memoria sabía lo que de ellos dijo el virrey duque de Linares en la instrucción que dió á su sucesor el marqués de Valero al entregarle el mando el año de 1716. Escribe el virrey saliente : « Despiertan (los artesanos y sirvientes mestizos) ó amanecen ignorando lo que han de comer aquel día, porque lo que han adquirido en el antecedente, ya á la noche quedó en la casa de juego ó de la amiga y no queriendo trabajar usan de la voz de que Dios no falta á nadie y esto es porque recíprocamente los que actualmente se hallan acomodados con amos, en su temporada por obra de caridad alimentan á los que pueden con una jícara de chocolate y unas tortillas les es bastante, y así cuando éstos se desacomodan y se acomodan los otros va corriendo la providencia de donde se origina que